

par con los suyos aquella falta de cautela, ó precipitada sinceridad, con que se fiava de Narbaez: teniendo conocida su intencion, y mala voluntad; pero nadie pudo acusarle de poco advertido Capitan en esta confianza; siendo el rompimiento de la palabra, en semejantes convenciones, vna de las malignidades, que no se deven rezelar del Enemigo: porque las supercherias no están en el numero de los Estratagemas, ni caben estos engaños, que máchan el pundonor, en toda la malicia de la Guerra.

CAPITULO IX.

PROSIGVE SU MARCHA

Hernan Cortés, hasta vna legua de Zempoala: sale con su Exercito en Campaña Pamphilo de Narbaez: sobreviene vna Tempestad, y se retira: con cuya noticia resuelve Cortés acometerle en su Alojamiento.

Sigue Cortés su marcha.

Quedò Hernan Cortés mas animoso, que irritado con esta vltima finrazon de Narbaez: pareciendole indigno de su temor, vn enemigo de tan humildes péfamientos; y que no fiava mucho de su Exercito, ni de si, quien tratava de asegurar la victoria, con detrimento de

la reputacion. Siguió su marcha en mas que ordinaria diligencia: no porque tuviesse resuelta la Faccion, ni discorridos los medios, sino porque llevaba el corazon lleno de esperanzas, madrugando à confortar su resolucion aquellas premissas, que suelen venir delante de los sucesos. Assentò su Quartel vna legua de Zempoala, en parage defendido por la frente del Rio, que llamavan de Canoas, y abrigado por las espaldas con la vezindad de la Vera Cruz: donde le dieron vnas caserías, ó habitaciones bastante comodidad, para que se reparasse la Gente, de lo que avia padecido con la fuerza del Sol, y prolixidad del camino. Hizo passar algunos Batidores, y Centinelas à la otra parte del Rio: y dando el primer lugar al descanso de su Exercito, reservò, para despues, el discurrir con sus Capitanes lo que se huviesse de intentar, segun las noticias, que llegassen del Exercito contrario, donde tenia ganados algunos Confidentes, y estava creyendo, que lo avian de ser en la ocasion, quantos aborrecian aquella Guerra: cuyo presupuesto, y las cortas experiencias de Narbaez, le dieron bastante seguridad, para que pudiesse acercarse tanto à Zempoala,

Haze alto en el Rio de Canoas.

Zempoala, sin falta de precaucion, ó nota de temeridad.

Saló Narbaez à Campaña.

Llegò à Narbaez la noticia del Parage donde se hallava su Enemigo; y mas apresurado, que diligente, ó con vn genero de celeridad embarazada, que tocava en turbación, tratò de sacar su Exercito en Campaña. Hizo pregonar la Guerra, como si ya no estuviera publica: señalò dos mil pesos de talla por la Cabeza de Cortés: puso en precio menor las de Gonzalò de Sandoval, y Iuan Velazquez de Leon. Mandava muchas cosas à vn tiempo, sin olvidar de su enojo: mezclavanse las ordenes con las amenazas, y todo era despreciar al Enemigo, con apariencias de temerle. Puesto en orden el Exercito, menos por su disposicion, que por lo que acertaron, sin obedecer, sus Capitanes, marchò como vn quarto de legua con todo el Gruesso, y resolviò hazer alto, para esperar à Cortés en Campo abierto: persuadiendose à que venia tan desalumbado, que le avia de acometer, donde pudiesse lograr todas sus ventajas el mayor numero de su Gente. Durò en este sitio, y en esta credulidad todo el dia: gastando el tiempo, y engañando la imaginacion con va-

Espera vn quarto de legua de Zempoala.

Facilita la Espera.

rios discursos de alegre confianza: conceder el pillage à los Soldados: enriquezer con el Tesoro de Mexico à los Capitanes: y hablar mas en la Vitoria, que de la Batalla. Pero al caer del Sol se levantò vn nublado, que adelantò la noche, y empezò à despedir tanta cantidad de agua, que aquellos Soldados maldixerò la salida, y clamaron por bolverse al Quartel: en cuya impaciencia entraron poco despues los Capitanes, y no se trabajò mucho en reducir à Narbaez, que sentia tambien su incomodidad: faltando en todos la costumbre de resistir à las inclemencias del tiempo: y en muchos la inclinacion à vn rompimiento de tantos inconvenientes.

Sobreviene vn recio temporal.

Retirase Narbaez à su Quartel.

Avia llegado poco antes aviso de que se mantenia Cortés de la otra parte del Rio, de que, no sin alguna disculpa, congeturaron, que no avia que rezelar por aquella noche: y como nunca se halla con dificultad la razon, que busca el desseo, dieron todos por conveniente la retirada, y la pusieron en execucion desconcertadamente, caminando al Cubierto, menos como Soldados, que como fugitivos.

No permitió Narbaez, que su Exercito se desvniessse aque-

Recogese su Exercito à vn Alojamiento.

aquella noche; mas porque discurrió en salir temprano à la Campaña, que porque tuviese algùn rezelo de Cortès; aunque afectò por los demás el cuydado à que obligava la cercania del Enemigo. Aloxaronse todos en el Adoratorio principal de la Villa, q̄ constava de tres Torreones, ò Capillas poco distantes: sitio eminente, y capaz, à cuyo plano se subia por vnas gradas pendientes, y defabridas, que davan mayor seguridad à la eminencia.

Guarneciò con su Artilleria el Pretil, que servia de remate à las Gradas. Eligió para su persona el Torreón de enmedio, donde se retirò con algunos Capitanes, y hasta cien hombres de su confianza, y repartió en los otros dos el resto de la Gente: dispuso que saliesen algunos Cavallos à correr la Campaña: nombrò dos Centinelas, que se alargassen à reconocer las avenidas: y con estos refuguardos, que à su parecer, no dexavan que desear à la buena disciplina, diò al folsiego lo que restava de la noche, tan lexos el peligro de su imaginacion, que se dexò rendir al sueño, con poca, ò ninguna resistencia del cuydado.

Despachò luego Andres de Duero à Hernan Cortès vn

Confidente suyo, que pudo echar fuera de la Plaza con poco riesgo: para que à boca le diese quenta de la retirada, y de la forma en que se avia dispuesto el Aloxamiento; mas por assegurarle amigablemente, que podia pasar la noche sin rezelo, que por advertirle, ò provocarle à nuevos designios. Pero èl con esta noticia tardò poco en determinarse à lograr la ocasion, que à su parecer le combidava cò el suceso. Tenia premeditados todos los lances, que se le podian ofrecer en aquella Guerra: y alguna vez se deven cerrar los ojos à las dificultades: porque suelen parecer mayores desde lejos; y ay casos, en que daña el discurrir al executar. Convocò su Gente sin mas dilacion, y la puso en orden, aunque durava la tempestad: pero aquellos Soldados endurecidos ya en mayores trabajos, obedecieron, sin hazer caso de su incomodidad, ni preguntar la ocasion de aquel movimiento inopinado: tanto se dexavan à la providencia de su Capitan. Passaron el Rio con el agua sobre la cintura, y vencida esta dificultad, hizo à todos vn breve razonamiento, en que les comunicò lo que llevava discurrido; sin poner duda en su re-

Refuelco
assaltar el
Quartel.

Razonamiento, que hizo à sus Soldados.

Facilita la
Empressa.

resolucion, ni cerrar las puertas al consejo. Diòles noticia de la turbacion, con que se avian retirado los Enemigos: buscàdo el abrigo de su Quartel contra el rigor de la noche; y de la separacion, y desorden, con que avian ocupado los Torreones del Adoratorio: ponderò el descuydo, y seguridad en que se hallavan: la facilidad con que podrian ser assaltados, antes que llegassen à vnirse, ò tuviesse lugar para doblarse: y viendo, que no solo se aprobava, pero se aplaudia la proposicion: Esta noche, profiguiò, diciendo con nuevo fervor, esta noche, Amigos, ha puesto el Cielo en nuestras manos la mayor ocasion, que se pudiera fingir nuestro deseo: vereis agora lo que fio de vuestro valor: y yo confesarè, que vuestro mismo valor haze grandes mis intentos. Poco ha que aguardavamos à nuestros Enemigos, con esperanza de vencerlos al reparo de essa Rivera: ya los tenemos descuydados, y desvnidos: militando por nosotros el mismo desprecio con que nos tratan. De la impaciencia vergonzosa, con que desampararon la Campaña, buyendo esos rigores de la noche (pequeños males de la Naturaleza) se colige, como estaran en el folsiego vnos hombres, que le buscaron con floxedad, y le disfrutaron sin rezelo. Narbuez entiendo po-

co de las pñtualidades, à que obligan las contingencias de la Guerra. Sus Soldados, por la mayor parte son visños, gente de la primera ocasion, que no ha menester la noche, para moverse con desacierto, y ceguedad: muchos se hallan desobligados, ò que xosos de su Capitan: no faltan algunos, à quien deve inclinacion nuestro partido; ni son pocos los que aborrecen, como voluntario, este rompimiento; y suelen pesar los brazos, quando se mueven contra el dictamen, ò contra la voluntad. Vnos, y otros se deven tratar como Enemigos, hasta que se declaren: porque si ellos nos vencen, hemos de ser nosotros los Traidores. Verdad es, que nos assiste la razon; pero en la Guerra, es la razon enemiga de los negligentes: y ordinariamente se quedan con ella los que pueden mas. A vsurparos vienen quanto habeis adquirido: no aspira à menos, que hazerse dueños de vuestra libertad, de vuestras haciendas, y de vuestras esperanzas: suyas han de llamar nuestras victorias: suya la Tierra, que aveis conquistado con vuestra sangre: suya la gloria de vuestras hazañas: y lo peor es, que con el mismo pie, que intentan pisar nuestra cerviz, quieren atropellar el servicio de nuestro Rey, y atajar los progressos de nuestra Religion: porque se han de perder si nos pierden: y siendo suyo el delito, han de quedar en duda los culpados. A todo se ocurre, con

que

que obreis esta noche como acostu-
brais: mejor sabreis executarlo,
que yo discurrirlo: alto à las Ar-
mas, y à la costumbre de vencer:
Dios, y el Rey en el corazon, el
pundonor à la vista, y la razon en
las manos: que yo serè vuestro Cõ-
pañero en el peligro; y entiendo
menos de animar con las palabras,
que de persuadir con el exem-
plo.

Quedaron tan encendidos
los animos con esta Oracion
de Cortès, que hazian instan-
cia los Soldados, sobre que no
se dilataste la marcha. Todos
le agradecieron el acierto de
la resolucion, y algunos le
protestaron, que si tratava de
ajustarse con Narbaez, le aviã
de negar la obediencia: pala-
bras de hombres resueltos,
que no le sonaron mal, por-
que hazian al brio, mas que
al defacato. Formò, sin perder
tiempo, tres pequeños Esqua-
drones de su Gente, los quales
se avian de ir sucediendo en el
assalto. Encargò el primero à
Gonzalo de Sandoval, con se-
fenta hombres, en cuyo nu-
mero fueron comprehendi-
dos los Capitanes Iorge, y
Gonzalo de Alvarado, Alon-
so Davila, Iuan Velazquez
de Leon, Iuan Nuñez de Mer-
cado, y nuestro Bernal Diaz
del Castillo. Nombrò por Ca-
bo del segundo, al Maestre de
Campo Christoval de Olid,

Como for-
mò su Exer-
cito.

con otros sesenta hombres, y
asistencia de Andres de Ta-
pia, Rodrigo Rangel, Iuan
Xaramillo, y Bernardino Vaz-
quez de Tapia: y èl se quedò
con el resto de la Gente, y con
los Capitanes Diego de Or-
daz, Alonso de Grado, Chris-
toval, y Martin de Gamboa,
Diego Fizarro, y Domingo
de Alburquerque. La orden
fue, que Gonzalo de Sandoval
con su Banguardia, procuras-
se vencer la primera dificul-
tad de las Gradas, y embara-
zar el vfo de la Artilleria: di-
vidiendose à estorvar la co-
municacion de los dos Tor-
reones de los lados: y ponien-
do gran cuydado en el silen-
cio de su Gente. Que Christo-
val de Olid, subiese inmedia-
tamente con mayor diligen-
cia, y embistiese al Torreon
de Narbaez, apretando el a-
taque à viva fuerza; y èl se-
guiria con los suyos, para dar
calor, y asistir donde llama-
se la necesidad: rompiendo
entonces las Cajas, y demàs
estruendos militares, para
que su misma novedad diese
al assombro, y à la confusion
el primer movimiento del
Enemigo.

Entrò luego Fray Bartolo-
mè de Olmedo con su exor-
tacion espiritual, y assentan-
do el presupuesto de que iban
à pelear por la causa de Dios,

los

Como dispo-
so la Fación.

Fray Bar-
tolomè dà
su bendiccion
al Exercito

los dispuso à que hiziesen de
su parte lo que devian, para
merecer su favor. Avia vna
Cruz en el Camino, que fixa-
ron ellos mismos, quãdo pas-
faron à Mexico; y puesto de
rodillas delante della todo el
Exercito, les dictò vn Acto de
Contricion, que iban repi-
tiendo con voz afectuosa;
mandòles dezir la Confesion
General, y bendiciendolos
despues con la forma de la ab-
solucion, dexò en sus Corazo-
nes otro Espiritu de mejor ca-
lidad, aunque parecido al pri-
mero: porque la quietud de
la conciencia, quita el horror
à los peligros, ò mejora el des-
precio de la muerte.

Concluyda esta pladofa
diligencia, formò Hernan
Cortès sus tres Esquadrones:
puso en su lugar las Picas, y las
Bocas de fuego: repitiò las or-
denes à los Cabos: encargò à
todos el silencio: diò por seña,
y por invocacion el nombre
del Espiritu Santo, en cuya
Pasqua sucediò esta interpres-
fa: y empezò à marchar en la
misma ordenanza, que se auia
de acometer: caminando muy
poco à poco, porque llegasse
descansada la gente, y por dàr
tiempo à la noche, para que
se apoderasse mas de su Ene-
migo: de cuya ciega seguri-
dad, y culpable descuydo,
pensava servirse, para vencer:

Marchan
los tres Es-
quadrones.

Infidias ge-
nerosas en
la Guerra.

le à menos costa, sin quedarle
algũ escrupulo, de que obra-
va menos valerosamente, que
solia, en este genero de infidias
generosas, que llamó la Anti-
guedad, delitos de Empera-
dores, ò Capitanes Generales:
siendo los engaños, que no se
oponen à la buena fe, licitas
permisiones del Arte militar,
y disputable la preferencia
entre la industria, y el valor
de los Soldados.

CAPITULO X.

LLEGA HERNAN COR-
tès à Zempoala, donde halla re-
sistencia: consigue con las Armas
la vitoria: prende à Narbaez,
cuyo Exercito se reduce
à servir debaxo de su

AVria marchado el Exer-
cito de Cortès algo
mas de media legua, quando
bolvieron los Batidores con
vna centinela de Narbaez,
que cayò en sus manos, y die-
ron noticia de que se les auia
escapado, entre la Maleza, o-
tra, que venia poco despues.
Accidete que destruia el pre-
supuesto de hallar descuyda-
do al Enemigo. Hizose vna
breve Consulta entre los Ca-
pitanes: y vinieron todos, en
que no era possible, que aquel
Soldado (casi que huviesse
def-

Prendese
vna Centi-
nela de Nar-
baez.

Escapase
otra.